

De actualidad

# Un poco de psicología



En épocas tranquilas o prósperas, cuando la paz endulza la vida civil y aduerme las inquietudes públicas, o cuando las victorias, guerreras o de otro orden, exaltan el valor de la comunidad, el ciudadano anega sus penas en el goce común y se consuela de sus dolores. Pero cuando, por el contrario, la historia pública, la vida civil común está tejida de vergüenzas y de abyecciones, de desastres y humillaciones, sus propios dolores, sus personales e individuales agravios, siéntelos acrecentados y exacerbados por el mal de la comunidad. Y llega a no saberse si cuando se queja de lo suyo propio individual no es que se queja, a sabiendas o sin saberlo, del daño general, y cuando execra los males de la patria, no es que está desahogando sus penas individuales y propias. Porque nunca se puede deslindar los linderos de unos y de otros males.

Lo que nos parece surgir con bastante claridad del estudio de la Historia es que en los rugidos de desesperación de los más grandes solitarios, de los líricos más personales, de los que han pasado por más egotistas, se quejaba todo un pueblo, y que, por otra parte, en las campañas políticas y sociales que parezcan más desinteresadas, más altruistas, hay siempre un elemento personalísimo. En el canto que Leopardi, el grandísimo patriota italiano, tituló: "A sí mismo" —"A se stesso—, no late menos el dolor de toda Italia que en aquel otro que a ésta, a Italia, dedicó. Ni el nobilísimo pesimismo leopardiano, ocasionado—ocasionado y no causado—por desventuras y desgracias de sí propio y de su casa, habría sido lo que fué si Italia no hubiera yacido en la trágica postración en que en los días de Leopardi yacía.

Y pasando de los poetas, profetas y pensadores a los políticos, a los hombres de acción, de partido, es indudable que aun en los que parecen moverse más por acicate de ambiciones personales, obran, a las veces contra su reflexión, móviles de justicia general, como la inversa. Y es que no es posible separar la justicia general, la de todos, la de cada uno.

Invirtiendo la sentencia de San Pablo (Romanos, VII, 19) de "no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, hago", podemos decir que hay quien no hace el mal que quiere, sino el bien que no quiere, o actúa de Meffitófeles, que es, según Goethe, la fuerza que siempre quiere el mal, y hace el bien. Como no pocos políticos de ambición desenfrenada e incivil.

Hay, además, que tener en cuenta que no pocas veces los fracasos, los desengaños, las derrotas personales, son el camino para que, abriéndosele a uno los ojos, vea mejor el origen del mal común y público. Hay quien sólo cuando él quiebra se percata de la quiebra pública mientras que el que se enriquece con el empobrecimiento general, no se da cuenta—y ello muy de buena fe—de este empobrecimiento general.

Viniendo a casos concretos y actuales, todos hemos podido observar en España que D. Antonio Maura ve las desdichas públicas a través del suceso político que elevó al difunto don Eduardo Dato—D. I. h. p.—a la presidencia del Consejo de ministros, y con ello a la jefatura del partido que aquél llamó "idóneo", y que el señor conde de Romanones, al juzgar la marcha—o, mejor, el derrumbe—de este malogrado reino de España, no puede quitar de ante su vista el cristal de los actos por los que fué echado del Poder—o, más que Poder, consejo—, cuando era el Sr. Miláns del Bosch capitán general de Cataluña. Pero no por eso ven uno y otro mejor. Y hasta podemos añadir que a uno y a otro aquellos sendos golpes que recibieron fueron como dos fuertes sacudidas que, sin más, hizo que se les cayeran las cataratas de los ojos. Siendo lo triste, que con haber entonces aprendido mucho, no aprendieron bastante.

En nuestras andanzas por España tropezamos, con desgraciadamente harta frecuencia, con hombres de ánimo enrañado y de intenciones acerbadas, y al oírles exponer con terrible clarividencia las desdichas patrias, descubrimos que ellos, individualmente, han sido alguna vez vejados en lo más sagrado de su personalidad, que ha llegado a ellos esta falta de respe-

to a la dignidad humana que caracteriza la acción actual de las autoridades del reino de España.

Hace poco, para justificar esas detenciones gubernativas, bochorno de la civilización, decía un señor ministro que alguno de esos detenidos ha cometido atentados después de suelto, y no se le ocurrió pensar, si no es la detención, arbitraria casi siempre, la que le llevó a ello. Porque hay ciudadanos perfectamente inofensivos y tranquilos, a los que el trágico pánico de nuestra Policía a las ideas, al terror que inspira el pensamiento libre, les lleva a la cárcel, y es allí, en la cárcel, donde se vuelven peligrosos para lo que llaman orden nuestras insensatas autoridades. Es el Gobierno, o, mejor, la Policía, ya que aquí no hay Gobierno, quien está incubando desesperados. Podríamos citar varios casos de ello.

Sólo seres que hayan caído en la última degradación civil y moral pueden creer que haya hombre verdadero hombre público, que no se mueva sino por motivos individuales. Esto, ni en España, que es hoy acaso el pueblo en que más mendigos se arrastran por los senderos del favor.

MIGUEL DE UNAMUNO

